



BIBLIOTECA
WAYNE
W. DYER

LOS REGALOS DE EYKIS

Descubre quién eres realmente
y libérate de tus zonas erróneas

DIANA

Título original: *Gifts From Eykis*

© 1983 por Marcelene L. Dyer Rev. Trust y Wayne W. Dyer Family Foundation

Traducción: Ixchel Martínez Villafuerte

Maqueta: Alejandra Romero

Formación: Beatriz Montoya

Diseño de la colección: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Adaptación y arte de portada: Planeta Arte & Diseño / Andrómeda

Fotografía del autor: © Charles Bush

Derechos reservados

© 2026, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial DIANA M.R.

Avenida Presidente Masaryk núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: octubre de 2026

ISBN: 978-607-39-4987-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

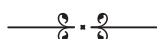
Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

ÍNDICE



Introducción	13
Prólogo	15
PARTE I	
URANO	17
Capítulo 1. La llegada	19
Capítulo 2. Eykis	27
Capítulo 3. Segunda visita	39
PARTE II	
LA TIERRA	65
Capítulo 4. Primeras observaciones	67
Capítulo 5. Observaciones finales de Eykis	79
Capítulo 6. La propuesta de Eykis	99

PARTE III	
LOS REGALOS DE EYKIS	113
Capítulo 7. Conversaciones de pura realidad	115
Capítulo 8. Algunas reacciones de pura realidad	157
Capítulo 9. Los secretos del Universo	165
Epílogo	179
Agradecimientos	187

CAPÍTULO 1



LA LLEGADA

Era difícil de creer. Este lugar llamado Urano *parecía* una réplica exacta de la Tierra. Luego de años dedicados a descifrar las *Fórmulas uranianas*, logré transportarme a otro planeta y, para mi suerte, aterricé en un sitio que parecía idéntico a mi lugar de origen. En la superficie, todo en Urano lucía exactamente como en la Tierra.

Asumí que, aunque permaneciera dentro de mi propio sistema solar, si viajaba a un planeta muy distante, tendría la oportunidad de ver algo nuevo, algo verdaderamente *diferente*. Creí que Urano estaría lo bastante lejos de la Tierra como para experimentar una realidad completamente nueva: criaturas hechas de gases que cambiaban de forma o, al menos, algo que estuviera a la altura de la vívida imaginación de los guionistas de *Star Trek*, cuyo trabajo admiraba tanto. Me había imaginado trasladándome en túneles del tiempo, saltando millones de años hacia delante y hacia atrás gracias a la habilidad mágica de trascender mi cuerpo. Los años de expectativas y arduo tra-

bajo no me prepararon para esta conmoción: ¡al parecer no había ninguna diferencia!

Los autores e investigadores que consideraban la posibilidad de un planeta duplicado solían idear imágenes especulares, inversiones del bien y el mal y cosas similares; sin embargo, nunca, ni siquiera en mis momentos más fantasiosos, esperé encontrar un planeta hermano, un lugar que replicara a la Tierra. Era casi como si los residentes de Urano se hubieran dado a la tarea de reproducir deliberadamente cada uno de los aspectos de nuestro mundo: sus grandes océanos, y sus cordilleras y desiertos guardaban una proporción exacta con los de la Tierra, y hasta tenían nombres idénticos; no solo existía un desierto del Sahara, sino también un hotel Sahara. Yo sospechaba que nos habían observado con un telescopio muy potente y habían reconstruido la Tierra en Urano; sin duda, cuidaron hasta el más mínimo detalle: los embotellamientos ocurrían en todas las ciudades grandes a las cinco de la tarde, había hambruna en el «tercer mundo», tenían centros comerciales enormes y pequeños carros ecológicos importados de «Japón»; no se les había ido nada.

Estaba comenzando a pensar que me habían timado. Quizá me habían hecho creer que era el primer terrícola en visitar otro planeta y en realidad ni siquiera había salido del mío; tal vez se había filtrado mi investigación secreta sobre las *Fórmulas* y me iban a utilizar como carnada propagandística para engañar a los soviéticos y hacerle creer al enemigo que habíamos logrado un avance tecnológico que ni existía. Recordé que en alguna ocasión había visto una película sobre el tema. Pero, a la vez, sabía que no era así. Había *sentido* el impacto del transporte molecular y había *experimentado* en carne propia lo que era salir disparado de la Tierra a través del vacío del espacio. Estaba seguro, pero la duda permaneció. Se me ocurrió que la única forma de comprobar que estaba de verdad en Urano era dejar de mirar las imágenes externas y descubrir si las personas también eran duplicados de los terrícolas; en el exterior *parecían* serlo.

Decidí seleccionar a un uraniano para entrevistarle a detalle; si resultaba ser exactamente como todos los terrícolas que

conocía, volvería a casa de inmediato y desarrollaría la capacidad de viajar *más allá* del sistema solar. No había atravesado miles de años luz para ver mi propio mundo; había iniciado este proyecto con el deseo de vivir aventuras y llenarme de adrenalina, y la perspectiva de entrar en un mundo nuevo lleno de personas idénticas a las que había dejado atrás no era muy emocionante.

Me instalé en mi habitación en uno de los mejores Holiday Inn de Urano, encendí la televisión y comencé a meditar sobre cómo podría conocer mejor a los habitantes de este mundo que me era tan ajeno y familiar al mismo tiempo. Era consciente de la ironía de mi predicamento: me encontraba en un territorio desconocido y, sin embargo, se sentía como si nunca hubiera salido de casa. Incluso la habitación del hotel lucía como las que había visto miles de veces antes: barras de jabón miniatura, 30 ml de champú en una botella café de plástico, un cubrecama con una suerte de pulcritud percutida y una copia sin leer de la Biblia de los Gedeones en el cajón del buró.

Mi mente estaba repleta de preguntas, pero me había estancado en el «¿cómo lo hago?», el tipo de pensamiento que solía emplear para esquivar la acción. Hace mucho aprendí que el modo de garantizar que algo se llevara a cabo era iniciarlo, pero también aprendí a combatir esa idea, la cual requería esfuerzo, sudor y todas esas cualidades que me encantaba observar en los demás, pero quería evitar en mí. En lugar de hacerme cargo, usé mi predicamento para mantener mi mente ocupada con lo que debía o no hacer; es decir, me trasladé a una forma de evasión más avanzada. Me puse a pensar en las preguntas que quería plantear: ¿Tienen guerras? ¿Les obsesionan las reglas? ¿Qué hay del cáncer? ¿Y qué piensan del misterio al que llamamos «muerte»? ¿Tienen escuelas?, y ¿estas se enfocan demasiado en las calificaciones y la obediencia? ¿Usan *jeans* de diseñador?, y si es así, ¿por qué? ¿Tienen la misma historia que nosotros en la Tierra? ¿Nos conocen? ¿Nos visitarán alguna vez?, y si lo hicieran, ¿serían amistosos? ¿Tienen armas nucleares y una Jane Fonda? ¿En realidad son las mismas criaturas que nosotros tanto por dentro como por fuera? ¿Tie-

nen emociones, miedos, ansiedad y ansiolíticos? Las preguntas bombardeaban mi mente consciente casi a la misma velocidad que las grababa en la minigrabadora portátil. (¿Podría obtener baterías nuevas aquí?, me preguntaba).

Mientras me grababa diciendo estas palabras, escuché que se repetía la palabra «ansiedad» en la habitación. No podía creerlo. Hasta entonces no le había puesto atención al reportero en la televisión, quien lucía exactamente igual que los que había visto en Estados Unidos. El modelo ario con «buena apariencia televisiva» —que bien habría podido colarse en el asiento vacante de cualquier presentador de noticias locales en Seattle, Minneapolis, Atlanta o Toronto sin que nadie notara la diferencia— había estado leyendo su texto con tanta vacuidad que dejé de prestarle atención y me puse a reflexionar sobre la enorme tarea que me esperaba. Pero justo cuando grababa: «¿Tienen emociones, miedo, ansiedad y ansiolíticos?», en el noticiero escuché las primeras palabras que me hicieron darme cuenta de que no todo en Urano era exactamente igual que en la Tierra. Sentí como si me hubieran cacheteado.

22

Dando paso al siguiente segmento antes de ir a comerciales, el señor Ario de Buena Apariencia había dicho: «Con eso concluyen las noticias nacionales; ya volvemos con las notas locales, seguidas por los deportes, el clima y el pronóstico de ataques de ansiedad».

Había escuchado a medias las noticias nacionales que, salpicadas de frases vacías como «principales indicadores económicos», «manifestaciones de protesta estudiantil» y «comisiones presidenciales de estudio», sonaban casi igual que en la Tierra. Las noticias locales, el clima y hasta las crónicas deportivas de Joe Jock también me resultaban familiares, y ahora estaba escuchando una sucesión de información inútil y deprimente con un tedio perenne, mientras esperaba oír el único aspecto del noticiero nocturno que habría de darme la primera pista sobre los uranianos, quienes habían desarrollado una cultura que, hasta ahora, parecía igual a la mía.

«No le cambie; después de este reportaje sobre cerveza ligera, tendremos el pronóstico de ataques de ansiedad de mañana».

¡Un pronóstico de ataques de ansiedad en un noticiero! Sentí una ráfaga de adrenalina. ¿Qué demonios era un pronóstico de ataques de ansiedad y por qué aparecía como una sección fija en el noticiero estelar?

El pronóstico fue breve y directo.

«Hola, les habla Eykis con el pronóstico vespertino de ataques de ansiedad. Las probabilidades de que la ansiedad ataque son elevadas en las zonas de mayor altitud, con una posibilidad menor dentro de los límites de la ciudad. Hay un 80% de probabilidad de ansiedad el viernes, con una disminución de la probabilidad el fin de semana. Para el lunes, el pronóstico es de casi cero, incluso en las zonas altas a 1 800 m s. n. m.; sin embargo, el riesgo de ataques de ansiedad para esta noche es muy alto, así que les recomiendo encarecidamente revisar de inmediato sus existencias de medicamento preventivo. Es probable que no la necesiten durante el fin de semana, pero a mitad de semana la probabilidad de que un nuevo frente de ansiedad entre en la región es sumamente alta. Reportó Eykis. Buenas noches.

»Este pronóstico fue presentado por Sindolor, el único producto de su tipo que contiene 850 mg de prevención contra la ansiedad para ayudarles cuando más lo necesitan, es decir, cuando un ataque de ansiedad inesperado aparece de la nada. Recuerden: El máximo beneficio de Sindolor lo obtienen cuando la ansiedad ataca».

Me quedé ahí, desconcertado. ¡Un pronóstico de ataques de ansiedad en el noticiero estelar! Era algo que jamás habría imaginado; ni siquiera en mis momentos más disparatados. Por fortuna, tuve el tino de grabarlo mientras salía en la televisión. Regresé la grabación y reproduje el pronóstico una y otra vez; en la tercera reproducción, cronometré el mensaje: el pronóstico había durado solo un minuto. Lo escuché varias veces pensando que quizá se trataba de una broma. Tal vez esa tal Eykis era una comentarista satírica de las noticias nocturnas, parecida a personajes de nuestros noticieros que se presentan como críticos sociales y hacen el ridículo, gritándole a

la cámara con una ira falsa contra algún político o mal social que les resulta particularmente ofensivo; era obvio que, si de verdad creyeran en lo que dicen, harían algo para cambiar aquello que fingen detestar, en vez de gritar sin rumbo contra sus enemigos a través de las ondas hertzianas. Siempre he sentido que, al refugiarse en lo que otros hacen o dejan de hacer correctamente, quienes critican demuestran que ellos mismos no son personas de acción.

Eykis no era para nada así. Era directa, parecía seria y transmitía una inquietud personal por su pronóstico de ataques de ansiedad. La señal que me enviaba era muy especial, así que me resultaba difícil creer que fuera una farsa. No obstante, decidí sintonizar el siguiente noticiero para ver si lo que había presenciado era un truco o algo real. En efecto, treinta minutos después, en un programa de otra cadena televisiva se presentó otro pronóstico de ataques de ansiedad con advertencias muy similares para la población.

La sinceridad de la tal Eykis me conmovió profundamente, así que en ese mismo instante tomé la decisión de ir a buscarla. Necesitaba un residente uraniano sensato a quien pudiera confiarle mi propia identidad y algo dentro de mí me decía: «Esta es la persona correcta; está comprometida con ayudar a los demás y dice la verdad en términos claros y simples». No albergaba duda alguna sobre ella porque ya estaba impresionado. En algún lugar de mi ser siempre sé cuando alguien es la persona correcta, y en este caso lo supe al instante; hace mucho me entrené para ignorar las reglas bajo las que operamos la mayoría de los terrícolas y para consultar solo a mis voces internas; si alguien me instaba a actuar, sentir o pensar de una manera específica, yo simplemente ignoraba todos los «No sé si debería...» y las escuchaba. Desde joven aprendí que de lo único que solía arrepentirme era de las cosas que había dejado de hacer debido a un miedo autoimpuesto o a una prohibición nacida de las reglas de otras personas; para resguardarme, hice muchas cosas que no me gustaban o que terminaban mal, pero nunca sentí un doloroso arrepentimiento por lo que hice, simplemente me prometí no repetir más esas conductas, por lo que aprendí

mucho de mis errores. El arrepentimiento llegaba en grandes dosis cuando quería actuar pero no lo hacía por miedo al rechazo o, peor aún, al fracaso.

Adondequiera que iba de joven me encontraba con adultos que seguían las reglas que se transmitían de generación en generación, y muchas de ellas no tenían un sustento real; por ejemplo, escuché miles de veces decir: «Se necesita mucho tiempo para conocer realmente a alguien, y todavía más saber si quieres a esa persona», pero mis voces internas siempre me indicaban lo contrario. En poco tiempo podía sentir que amaba a una persona y sabía que no necesitaba que la «prueba del tiempo» me lo confirmara; sin embargo, siempre me criticaron por decir «te amo» muy pronto: «No me conoces, ¿cómo puedes saber que me quieres? Si te resulta tan fácil decirlo, ¿cómo puedo saber que de verdad soy especial?». (Como si ser especial tuviera algo que ver con el paso del tiempo o, aún más absurdo, si uno quería a más de una persona, de algún modo, ninguna, en lugar de ambas, era especial). Abandoné las reglas a las que los demás rendían tantos honores y me convertí, a lo largo de mi vida, en motivo de gran consternación. No obstante, pese a los ataques a mi personalidad por haber elegido vivir según mis instintos, descubrí que nunca me sentía decepcionado de mí mismo por confiar en mis primeros impulsos en relación con cómo y cuándo querer a otros; siempre eran los demás a quienes les molestaba la rapidez con la que decidía a quién podía o no querer. En toda primera reunión, primera cita o cualquier otra primera vez, los demás siempre se aseguraban de decir únicamente lo correcto, mientras que yo seguía mi camino tan campante, confiando en mí mismo y orgulloso de mi capacidad para ignorar las reglas sobre cómo debía sentirme.

Fue este instinto de confiar lo que me estaba funcionando en la lúgubre habitación de hotel en Urano. Solo había visto una imagen de esta mujer llamada Eykis en la pantalla de la televisión y, sin embargo, sabía que la quería; era alguien en quien podía confiar para que me diera información valiosa de su gente. Aunque me resultaba familiar, como si fuera de mi propio planeta, era mi primer contacto en Urano con algo que

era radicalmente distinto de lo que había conocido en la Tierra: el pronóstico de ataques de ansiedad que ella había dado con tanta preocupación; fue la primera vez que sentí un entusiasmo genuino, pues hasta entonces este planeta llamado Urano, modelado a semejanza de la Tierra (o viceversa), me tenía decepcionado. ¿Acaso nos modelamos a semejanza de ellos? Descarté esa idea de inmediato: en la Tierra no existían los pronósticos de ataques de ansiedad. Iba a averiguar, junto con la persona que dio el pronóstico, todo lo que necesitaba saber para redactar mi propio relato de los residentes de Urano. Me emocionaba el solo pensarlo, ya que, hasta entonces, me había dado la impresión de que mi conclusión sobre esta visita, este proyecto para evaluar todas las facetas de Urano, se reduciría a un informe compuesto por una palabra: «Ídem», la cual sabía que no impresionaría a mis hermanos terrícolas. Por lo menos, Eykis evitaría que yo tuviera el dudoso honor de ser el primer viajero espacial en presentar una conclusión de una sola palabra. Me quedé dormido mientras le expresaba mi agradecimiento; mis instintos finalmente estaban sintonizados: al día siguiente debía encontrar a esta maravillosa mujer —a quien instintivamente sabía que quería— para platicar con ella.